

EL ZANCUDO

SEMANARIO DE LITERATURA Y BELLAS ARTES

Se publica cuatro veces al mes Oficina Central,
Calle de la Cruz y el Estadero, Sur 5 número 46.

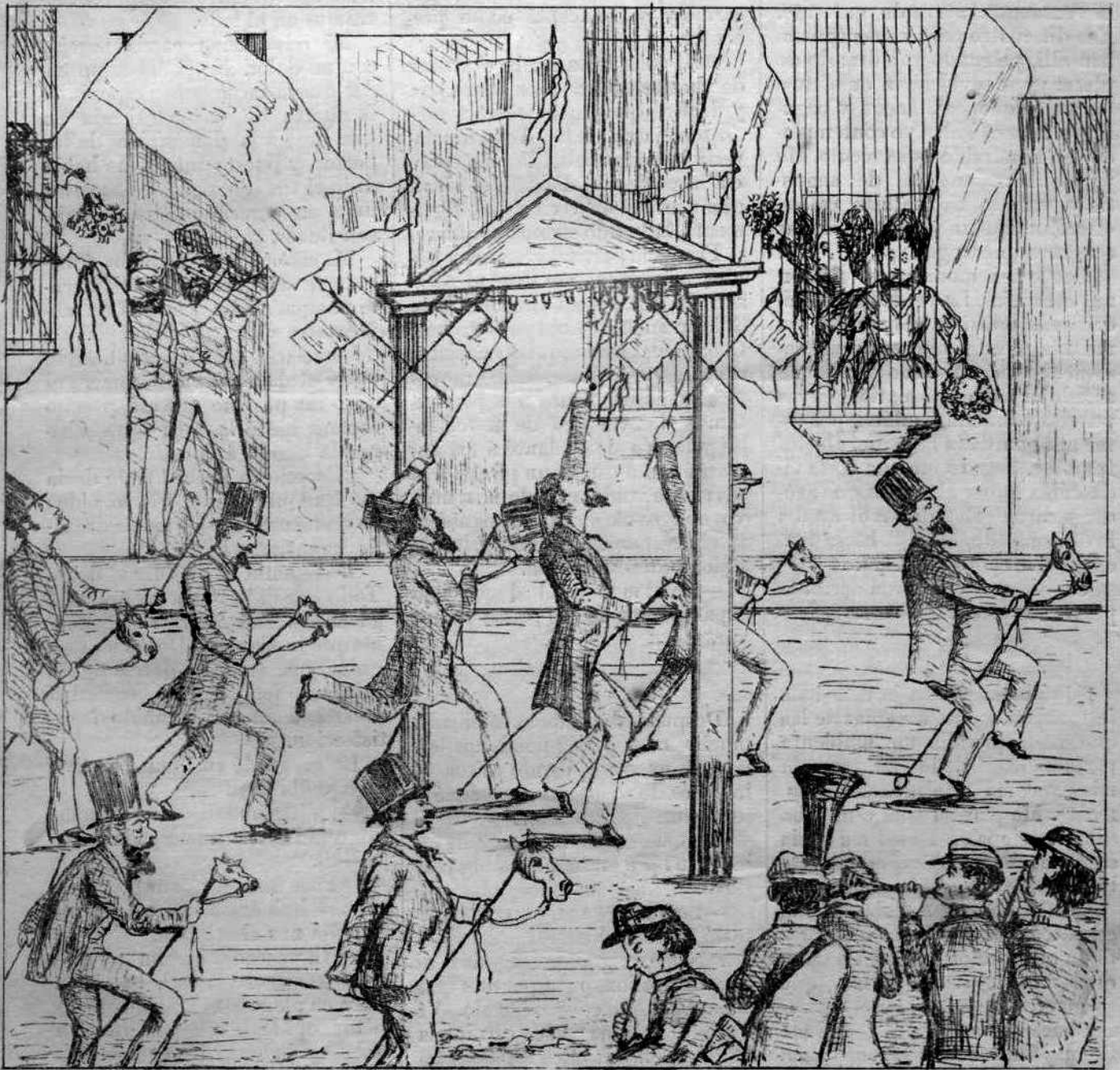
Editor, G. J. Aramburu

Suscripción mensual anticipada

50 cent.

Un número suelto

20 cent.



UNA CORRIDA DE CINTAS.

EL ZANCUDO.

Caracas, Octubre 20 de 1878.

Un dia de la vida
DE
Un Perro Vagabundo.

(Conclusion.)

Debo hacer presente que estando el pescuezo habia visto por la ventana la acera de enfrente. Ese dia cuatro perros se encontraban allí, peleando y ladrando de placer; y se revolcaban en el suelo, en pleno sol, flacos y orgullosos. Nunca habia yo contemplado tan admirable espectáculo. Me puse á ladrar en señal de angustia y vuestro tío me hizo callar, ofreciéndome un pedazo de azúcar que tuve que tragar.

Desde ese momento se fijaron mis creencias. La verdadera felicidad se encontraba detrás de esa maldita puerta tan escrupulosamente cerrada. Y como prueba me acordaba de los armarios cuyas puertas cerraban tambien, por estar allí guardada la carne. Decidí fugarme. Seguro era que en la vida debia haber algo mas que azúcar y carne colorada. Allí estaba lo desconocido, lo ideal, hacia donde propendia todo mi ser.

Un dia que olvidaron cerrar la puerta me escapé á toda carrera.

II

¡Qué bella estaba la calle! La festonaban anchas acequias de las que se desprendia un ambiente perfumado. El lodo que removia mis patas me salpicaba deliciosamente. Me parecia que caminaba sobre terciopelo. El sol me hacia sentir un buen calor que penetraba en mi gordura y la derretia.

Confieso que temblaba. Habia espanto en medio de la alegría y de la admiración que sentia en aquel momento: tres perros, que se revolcaban en el lodo, corrieron hacia mí ladrando, y casi me desmayé. Me llamaron tonto y me dijeron que ladraban por juego.

Y entonces me puse á ladrar como ellos y á rodar por el suelo y á jugar con mis nuevos camaradas una multitud de juegos divertidos.

¡Qué guapós eran! Ninguno tenia mi estúpida gordura, y todos se burlaban de mí cuando me veian rodar como una bola sobre las aceras. Mas tarde recordé que cambiaban miradas de lástima cuando les conté inocentemente mi historia.

Un dogo viejo de la banda me cobró especial cariño. Ofreció educarme y yo lo acepté como preceptor.

Ah! cuán lejos estaba el azúcar de vuestro tío! Bebí en la acequia y declaré que jamás habia tomado semejante nectar. Todo me parecia bueno y bello. Por fin conocia la perfecta felicidad, el ideal, que consiste en vivir al sol, libremente, ladrando cuando se quiere.

Pasó una perrita, graciosa y bonita, cuya vista me llenó el corazón de emociones desconocidas. Solo en sueños habia yo visto hasta entonces esas esquisitas criaturas que vuelven locos á los perros mas juiciosos. Todos nos precipitamos al encuentro de la recién llegada. Yo me adelanté á los demás, é iba á dirigir un piropo á la perrita, cuando uno de mis nuevos amigos me mordió bruscamente el pescuezo. Lancé un grito de dolor y desesperacion.

—Bah! me dijo el dogo viejo separándome de allí; otras peores verás!

III

Después de haber caminado mucho rato, persiguiéndonos los unos á los otros, dando saltos y ladridos de contento, principié á sentir un apetito feroz.

—¿Qué es lo que se come en la calle? pregunté á mi amigo el dogo.

—Lo que se encuentra, me contestó en tono doctoral

Púsome en gran perplejidad esta contestacion, pues, por mas que buscaba, no encontraba nada. Ví en esto una magnífica carniceria en donde habia unos espléndidos pedazos de carne cortados con

esmero.

—Hé aquí lo que necesito, pensé. Y sin reflexionar, de un salto me subí sobre una de las mesas en que estaba colocada la carne. Agarré una suculenta costilla de buey, y con ella me largaba cuando un robusto mozo me acomodó en el lomo un terrible garrotazo. Solté la carne y me escapé dando alaridos.

—Gran tonto, me dijo el dogo; la carne que está sobre las mesas es para verse y no tocarse. La que nosotros comemos es la que encontramos en el lodo.

Mi admiración corria parejas con mi dolor. No podia comprender que la carne que se esponia en la puerta de una carniceria no estuviese á la disposición de los perros, y puesto que yo me habia dado el trabajo de ir á buscarla; justo me parecia que me la dejaran llevar.

Mi estómago principiaba á molestarse seriamente. Decididamente el agua de las acequias no alimentaba, y ya yo principiaba á despreciarla. Inútilmente busqué entre el lodo algo que comer; el dogo me previno que era preciso esperar hasta la noche que echaran la basura á la calle.

¡Esperar la noche! El lo decia eso tranquilamente, y la sola idea de semejante espera me destrozaba las entrañas!

De repente ví temblar al dogo. Todo encojido y con las orejas agachadas echó á correr diciéndome que lo siguiera. Dobló una esquina y se escondió detrás de la primera puerta que encontró abierta, dando un gruñido de satisfaccion.

Le pregunté cual era el motivo de aquella fuga.

—¿Viste, me dijo, aquel hombre que llevaba una espada?

—Sí.

—Pues bien, si nos hubiera visto, nos hubiera hecho cojer y en seguida nos ahorcaban.

—Ahorcarnos! exclamé; y acaso no es nuestra la calle? La vida libre en pleno sol, la felicidad perpétua, el ideal, son por ventura palabras huecas? No comemos y nos ahorcan!

IV

Llegó la noche, fría y nebulosa. Llovía, y un viento desagradable se me metía hasta los huesos. Dios Santo! qué fea estaba la calle! Aquello no era el grato calor que yo me había imaginado, el delicioso sol, las anchas aceras blancas en que anhelaba revolcarme. Con amargura recordaba la triple frasada y las cuatro paredes de mi prisión.

Tiraron por fin la basura delante de las puertas, y desesperado y hambriento busqué algo que comer. Encontré algunos huesos descarnados, llenos de ceniza, y hué de confesar que la carne era mucho mas succulenta. Entonces comprendí cuán dulce es el azúcar.

Mi amigo el dogo removía la basura artísticamente. Hízome correr hasta el amanecer, haciendo estaciones en todas las acequias, sin darse la menor prisa. Ya yo me caía de cansancio. Durante mas de diez horas aguanté el aguacero, temblando de frío. Caminábamos en la noche oscura, dando traspies, cubiertos de lodo, estenuados.

¡ Maldita calle! Maldita libertad! Cuánto deseaba volver á la esclavitud!

Llegó el día y el dogo, viéndome tambalear, me preguntó:

—Y bien; te basta con esto?

—¡ Oh, sí! le contesté.

—¿Quieres volver á tu casa?

—Con toda mi alma; pero ¿ cómo encontrarla ahora?

—Ven, creo que la lección habrá sido suficiente. Esta mañana te vi salir y comprendí que los rudos placeres de la calle no servían para un falderito como tú. Conozco tu casa y te llevaré hasta la puerta.

El digno perro me decía todo eso con la mayor sencillez,

Cuando llegamos me dijo adios, sin demostrar emoción.

—No, exclamé, no podemos separarnos así; vamos juntos á casa; partiremos la misma cama y el mismo alimento; mi amo es bueno.....

No me dejó terminar.

—Cállate, me dijo bruscamente, eres un niño. Si me atreviera

á presentarme, tu amo me echaría de una patada, y con razón. ¿Quién ha de querer un pillastron como yo que ha dejado el pellejo en todas las acequias de la ciudad? He vivido entre basuras y entre basuras he de morir. Adios!

Y se fué á acostar en la plaza vecina, al calor del sol naciente.

Cuando me vió llegar, nuestro tio agarró un fute y me obsequió con una soberana pela que recibí con profundo reconocimiento. Causábame inmenso gusto sentir calor y látigo. Mientras me zorbaba, pensaba con deleite en la carne y el azúcar que iba á comer durante el día.

Decididamente, concluyó Tom estirándose ante el fuego, la verdadera felicidad, el ideal, mi querido amo, consiste en ser encerrado y pelado en un cuarto en que hai azúcar y carne.

Hablo por los perros.

Emilio Zola.

ZIGZAG.

Volvemos á la funesta costumbre de abandonar criaturas en los nichos de las iglesias. Bien desalmada debe ser la madre que olvida sus deberes y cariño maternal, para botar á su hijo como si fuera basura. No hai castigo bastante grande para tan culpable proceder.

Agua y agua, y todos los dias agua!

Todo ha de hacerse por estrechos en nuestra patria—hasta la naturaleza entra en la regla general.

Cuando dice á llover es cosa de nunca acabar; y cuando por fin cesa el aguacero, es echarse uno á sudar como un desesperado bajo los rayos abrasadores de un sol que no rinde parias al del Sahara.

*En extremos siempre andamos
Y el medio nunca buscamos.*

Dedicado por una amiga nuestra al joven Julito

De tu nariz nada digo
Porque nada hai que decir;
Si á pié no quieres salir
Muy bien cargará contigo.

La función teatral del Viernes estuvo mas animada que las anteriores. La caridad, elemento poderoso para conmovier siempre los corazones venezolanos, pudo atraer al teatro una concurrencia bastante numerosa, no tanto como era de esperarse, pero sí lo suficiente para lucir la representación.

El Gran Demócrata, Presidente de la República y su respetable esposa asistieron á la representación.

Además en diez siete palcos lucian su simpática belleza algunas de nuestras señoras y señoritas.

El Drama del Señor Echegaray suscitó, como de costumbre acaloradas discusiones que amenazan tomar el camino de polémica por la prensa.

Los tres Diarios de la capital admiran y aplauden al autor de *En el puño de la espada* y de *Como empieza y como acaba*.

Figaro se ha declarado redondamente en contra, admitiendo el gran talento del Señor Echegaray pero reprobando sus composiciones como inmorales.

Nuestro carácter pacífico nos impide tomar parte en el buceo y nos contentaremos con ser únicamente espectadores.

Decía cierto marqués á un capitalista:—Sabed que yo soi hombre de *calidad*.—Y el capitalista le contestaba:—Y yo soi hombre de *cantidad*.

ANUNCIOS.

Al Público.

Vendo á precio de ocasion, un trapiche de bueyes, cuatro carros para mulas y un carro para bueyes.

Todo sin uso y construido en el primer taller del pais.

Nicolas F. Veloz.

EL ZANCUDO

AL SR J. M. ORTEGA

VALS.

por H. Fernández

The image displays a musical score for a waltz titled "El Zancudo" by H. Fernández, dedicated to Sr. J. M. Ortega. The score is written for piano and consists of five systems of music. Each system contains a grand staff with a treble clef on the upper staff and a bass clef on the lower staff. The key signature is one sharp (F#), and the time signature is 3/4. The notation includes various rhythmic values such as eighth and sixteenth notes, as well as rests. The bass line features a consistent eighth-note accompaniment pattern. The piece concludes with a double bar line and repeat signs in the final measure of the fifth system.